



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Málishév, Mijaíl

Reflexiones en pluscuamperfecto sobre pluscuamperfecto

Ciencia Ergo Sum, vol. 17, núm. 3, noviembre-febrero, 2010, pp. 333-334

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10415212015>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Reflexiones en pluscuamperfecto sobre pluscuamperfecto

Mijaíl Málishev*

* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

El cuento mágico sobre el “pececito dorado” es un ejemplo típico de la potencialización perversa de la esperanza que no se hubieran detenido ante el deseo de lo imposible.

Si cada uno cometiera sus actos decisivos después de sopesar bien todas las consecuencias posibles, ¿hubiera desaparecido el pluscuamperfecto?

El discurso del remordimiento: sucedió, pero hubiera podido no suceder; el discurso de la nostalgia: aconteció, pero hubiera podido prolongarse hasta hoy.

“Hubiera podido” es una ilusión que nos ayuda a abrir una brecha imaginaria en la inminencia de lo fatal.

La primera señal de que el hombre encontró su vocación es la disminución drástica del uso del pluscuamperfecto.

El presente nunca será lo que una vez sucedió. Pero el pasado nunca dejará de ser una lección para enseñar al presente qué hubiera podido pasar, si el evento no hubiera acontecido o hubiera acontecido de otra manera.

El hombre es el único animal que exclama: ¡si yo hubiera podido evitar ser tan bestia!



No existe mayor sofista en el mundo como el amor propio herido, el “maestro” del manejo del pluscuamperfecto y potencial.

Por grande que sea la presión de las circunstancias que condujo a una fechoría, nuestra conciencia moral, contrariamente a la irreversibilidad del tiempo, nos juzga a nosotros, como si esta falta hubiera podido no suceder, como si hubiéramos podido hacer lo hecho de otra manera.

Los habitantes inteligentes de otros mundos hubieran podido establecer el contacto con nuestro planeta, si no temieran herir el amor propio del ser humano que se considera como la cúspide del Universo.

No todo lo que no sucedió carece de importancia. A veces lo no acontecido, expresado en el pluscuamperfecto, provoca horror.

Si no hubiera existido el pluscuamperfecto nunca nos arrepentiríamos ni nos veríamos afligidos por la vergüenza y nos convertiríamos en los adeptos de la filosofía de Pangloss (el personaje de Voltaire), quien profesaba: todo lo que sucede, es lo mejor que pudiera pasar.

El hombre está predestinado a quejarse, porque no soporta la diferencia entre lo que hace y lo que hubiera podido hacer.

Si no existiera diferencia entre lo que ha sucedido y lo que hubiera podido suceder, no experimentaríamos la culpa.

Comprenderíamos mejor el sentido de un acontecimiento, si supiéramos qué hubiera sido, si éste no hubiera acontecido o hubiera acontecido de otra manera.

Emil Cioran escribe: “Un Dios que sufre, ya se ha visto, es normal; un Dios que duda es tan miserable como nosotros”. Esto significa que Cristo tenía límite, al transgredirlo, ya no hubiera podido seguir siendo Dios, hubiera



descendido a ser el hombre sin más. El titubeo y la vacilación hubieran matado en Él la hipóstasis divina.

Los intentos de la historia por parir una "justicia eterna" han terminado en abortos. Si no hubiera sido así, la humanidad habría muerto durante los partos de su hija predilecta.

El tiempo borra lo no sucedido, pero qué hubiera podido acontecer. Por eso el pasado se nos presenta como un reino de lo necesario.

En la desdicha, lo que hubiera podido ocurrir nos parece más horrible que lo que ocurrió, y esto nos reconcilia con el desastre.

Cuando una gran idea empieza a morir, alrededor de su débil "cuerpo" se reúnen sus seguidores de antaño y aúllan con sus blasfemias en el pluscuamperfecto.

El hecho de no poder revertir la falta, unido al deseo impotente y, al mismo tiempo recurrente, de reemplazarla, es el que nos deja inconsolables. Pero el pluscuamperfecto –¡ah, si yo hubiera actuado de otra manera!– es un testimonio de la resistencia de nuestro espíritu a aceptar lo irreparable. La contradicción entre lo irreversible y el anhelo de cambiarlo no es sólo signo de desesperación, sino también inicio de la expiación por el acto indebido.

El pluscuamperfecto nos "libera" del fatalismo, pero nos hace rehenes de las posibilidades perdidas.

El pluscuamperfecto es como un perro cobarde: empieza a ladrar después que los ladrones robaron la casa de su dueño.

Soportamos la adversidad, porque disponemos de esperanza, y cuando ésta falla, recurrimos al último consuelo que nos da el pluscuamperfecto.

La vida es un payaso. ¿Qué otra cosa podemos esperar del borrador que "reparamos" en el pluscuamperfecto?

Si el hombre se hubiera liberado de todas sus ilusiones para ver la realidad tal como es, entonces, quizá no podría soportarla y se morirá de asco.

El pasado y el futuro tratan de esclavizar al pobre presente, pero cuando éste, por algún tiempo, logra des-

hacerse de ellos, se siente despreocupado, como si lo hubieran elevado al rango de eternidad.

Para descargar su amor propio herido, el derrotado insulta a su adversario y cuando éste le hace callar, silenciosamente recurre a las amenazas en pluscuamperfecto.

La historia conoce algunos ejemplos cuando los infortunios revelaron positivamente las capacidades ocultas de los genios. ¿Quién recordaría hoy el nombre de Maquiavello, si no hubiera sido enviado al exilio y si las intrigas y calumnias de sus enemigos no hubieran prolongado su destitución?

La última palabra sobre el destino de alguien nunca le pertenece a él mismo. La última palabra la pronuncia su prójimo, pero no siempre con el sentido que hubiera querido escucharla ese alguien.

La contemplación de algunos actos indebidos a veces nos provoca cierta satisfacción, sobre todo cuando hemos sentido la tentación de hacer lo mismo de lo que, empero, nos hemos abstenido por diversas razones. Disfrutamos no sentirnos culpables de fechorías con las cuales vemos afectados a otros. Pero esta tranquilidad es mérito de la suerte y no consecuencia de virtud. Si hubiéramos tenido garantía de no ser acusados por un acto indebido, no nos hubiéramos mantenido alejados de él.

Según Ortega y Gasset, a veces tenemos un presentimiento extraño de que hubiésemos podido enamorarnos de una mujer con la cual hemos tenido un encuentro efímero, si hubiésemos poseído un tiempo más prolongado.

La sonrisa amarga es un símbolo de la reconciliación con el fracaso que corona el intento desesperado de superarlo en el pluscuamperfecto.

